

“Lo importante no es de dónde vienes sino hacia dónde vas”.
Ella Fitzgerald

artes visuales

Ana Martínez Quijano

“PINTORA DE FIN DE SEMANA” ES UNA EXUBERANTE INSTALACIÓN DE LA PRIMERA

Sueños, entresueños y alucinaciones de León, Carballo y Burton

La galería Ruth Benzacar inició su temporada con muestras simultáneas del arte de tres mujeres intensas, cada cual con su propia marca estilística.

La temporada de la galería Ruth Benzacar se inició con tres muestras de mujeres intensas, Catalina León, Aída Carballo y Mildred Burton, cada una con su especial diversidad estilística, sus visiones y alucinaciones, sus sueños y entresueños.

En la gran sala bañada por una luz dorada y cubierta con el esplendor de las inmensas telas que descienden del techo y tapizan en gran medida las paredes, se exhibe “Pintora de fin de semana” de Catalina León. La exuberante instalación donde el bordado y la pintura juegan papeles cruciales, le demandó a la artista nueve años de trabajo con una aguja y el pincel en la mano. La libertad de las formas, el predominio de los colores ocres, dorados, naranjas, azules, rosados y rojos profundos, y los materiales como el durlock o el papel, hilos y telas mayormente traslúcidas, como el voile de algodón en color crudo, le deparan al espectador percepciones que, si bien coinciden con la contemporaneidad del planteo, traen el recuerdo de historias lejanas y despiertan esa eterna fascinación del hombre por los tapices.

La ambientación tiene un efecto envolvente y está llena de resonancias fuera del tiempo. Contemplar en medio de la sala la fantasía de un oasis, con un ojo de agua donde crecen las plantas floridas, trae el recuerdo de las historias de “Las Mil y Una Noches”. Es más, hay algo en la artista del orden físico, cuando interactúa con la obra, emparentado con la seducción de un personaje como Scheherezade. Ella, como si estuviera en el desier-



PINTORA DE FIN DE SEMANA. Un sector de la exuberante instalación de Catalina León, en la sala principal.

to, sumerge una tela en el agua y después la pone a secar.

Los tapices y la luz albergan al espectador en la configuración artística. Allí mismo, según sea la distancia del que mira, se podrán ver los bordados con mayor detenimiento, percibir los juegos

entre lo visible con lo invisible y los campos de colores como oleadas de pinturas abstractas. Los gestos de la pintura recuerdan los de una danza. Entretanto, los territorios oscuros representan la noche o el fondo de un río.

Un texto de la artista Juliana

Iriart acompaña la muestra y aclara que las obras de la exhibición invitan a “sentir sin necesidad de entender, ¡es una aventura llena de vida! En esta muestra podemos discernir entre el pasado y el futuro, entre criaturas, agujeros, cantos, sudores, flores, líneas, plumas,

fuentes, sombras, velos, tierra, belleza, soles, miedos, tristezas, amor, alegría, temblores, órbitas, aburrimiento, dolor, fuerza. En este presente nada, nada, nada, queda afuera. Nos habilita el derecho a perdernos, a dejarnos llevar por la pintura que muchas veces parece emanarse a sí misma”.

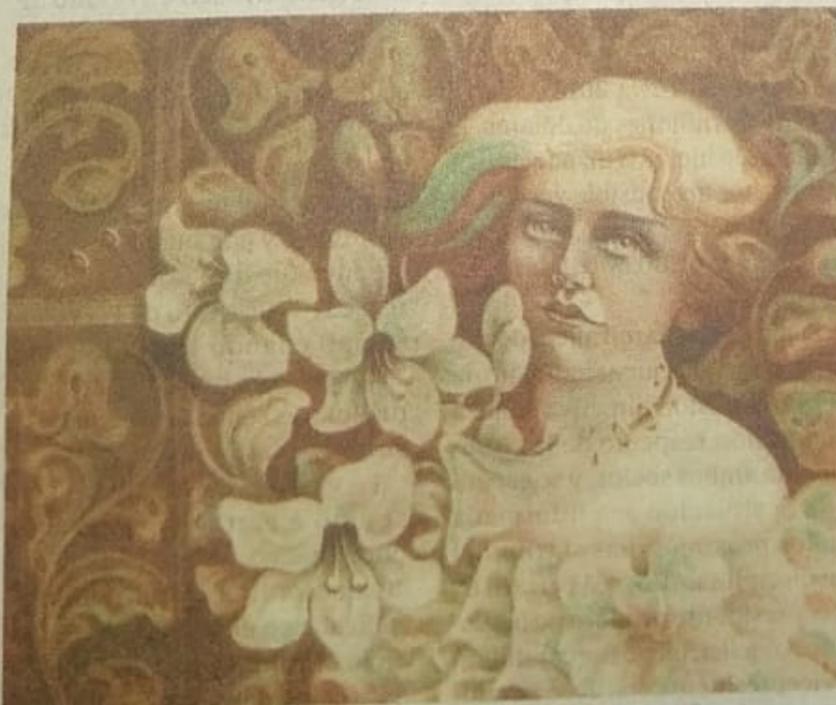
En un espacio semejante a una pérgola se encuentran, disponibles para el visitante, unas impresiones redondas de papel con 64 frases tomadas del I Ching. “Las puse para que la gente se las lleve como galletas de la fortuna...”, señala la artista.

En un diálogo con el teórico Ticio Escobar acerca de sus pensamientos, Catalina León, observó hace ya tiempo: “Mientras trabajo tengo presente la idea, pero no se trata de una idea previa: se manifiesta cuando la obra está concluida. La pintura no traduce un pensamiento anterior a su propio proceso: lo va conformando y expresando en el curso de ese proceso. Al comienzo, yo partía de algo urgente que decir, algo ya definido, pero posteriormente llegué a concebir la producción de la obra como el acto de rodear un vacío, como un hecho de desdecir más que de decir”. El concepto de “lo femenino” está abiertamente representado en la muestra, aunque la artista no lo considera determinante. Catalina León participó de la Beca Kuitca del Centro Cultural Rojas y ganó en 2007 el Primer Premio arteBA de Petrobrás con la instalación “Patio o pintura para piso y plantas”, obra que está en la génesis de la muestra actual. En 2010 creó Vergel con otros artistas, un proyecto donde se relaciona el arte con la salud y la educación. Hoy es coordinadora y docente de Vergel y trabaja en el Hospital de Niños Dr. Ricardo Gutiérrez.

Cuando el talento se entrevera con formas de la locura

En las salas adyacentes a la galería Ruth Benzacar, se encuentran las muestras “La gracia extrañada”, de Aída Carballo (1916 -1985) y “La monarca”, de Mildred Burton (1942- 2008). Las dos artistas estuvieron internadas en instituciones psiquiátricas pero la enfermedad no limitó el talento y ambas tuvieron una brillante trayectoria. La galerista Orly Benzacar cuenta que consiguió dos carpetas de litografías de Carballo, “Los locos”, con las imágenes realizadas después de su internación en el Vieytes, y la serie “Los amantes” (1965), censurada por algunas imágenes de sexo explícito cuando se expuso en el Museo Moderno.

En un texto brillante que llega a la intersubjetividad extrema,



DECAPITADA. Una de las obras de Mildred Burton en Ruth Benzacar.

la escritora María Gainza describe desde su propia experiencia el anuncio de los síntomas de la enfermedad y el momento en que se desencadena la “tormenta psíquica”. Carballo, admirada por sus pares artistas, fue una gran dibujante, pintora, ceramista e ilustradora del suplemento cultural de un periódico y el libro Misteriosa Buenos Aires, de su amigo Manucho Mujica Láinez.

Por su parte, Mildred Burton, “quizás esquizofrénica”, según sus biógrafos, valoró su relación con Carballo. Durante una entrevista que relata María Gainza, reconoció: “Mi mundo tiene contactos tangenciales con el de Aída Carballo, que fue una de las artistas que me apuntaló cuando yo empezaba. Ella me

largó al ruedo. Con Aída tuve una relación muy especial; me protegió y yo tenía la sensación de que me quería salvar de algo”. Gainza cuenta una vida que rinde cuenta de las alucinaciones de Burton, desde el cajón con su madre muerta de septicemia a los 25 años, su casamiento con un militar y la llegada al cabaret Dragón Rojo, donde trabajó como copera. Realidad y ficción se confunden hasta el final de sus días. Las obras la pintan de cuerpo entero, desde el rostro de la niña decapitada y la mirada siniestra de muñeca, hasta la historia bizarra de una Caperucita Roja que circunvala el bosque y termina con el lobo feroz en su canastita, cortado en chuletas.